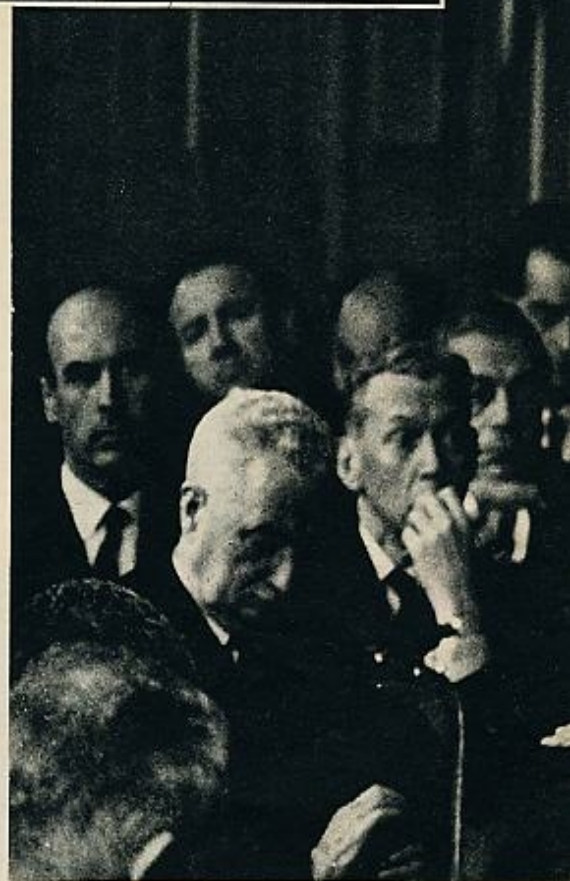


SAIGON Y LAS DOS AMERICAS



Es de esperar que, hasta diciembre, continúe en los Estados Unidos la «guerra civil fría» para desprestigiar a Johnson. Posiblemente que su contrincante sea Goldwater.





al que vemos abajo, convenientemente «preparado» para su campaña. Arriba, el general De Gaulle durante la última conferencia de Prensa, rodeado de sus ministros.

El último golpe de Estado —hasta nueva orden— es el de Saigón. Hay varias formas de definir ese golpe de Estado —en realidad, una pequeña aventura en el palacio presidencial, sin muertos ni heridos—: puede decirse que es un movimiento de los militares anti-comunistas contra los militares neutralistas, pero también puede considerarse como una acción de los partidarios de Estados Unidos contra los partidarios de Francia. Algo así como si Estados Unidos y Francia estuviesen ya en plena guerra fría. Se alude a la posibilidad de que los neutralistas del Vietnam —se suele llamar a ese país «Vietnam del Sur», y es una redundancia, porque Vietnam se traduce por «país del Sur», como Vietcong se traduce por «país del Norte»— estuviesen organizando un complot preparado desde París; y se dice que los anticomunistas han dado el primer paso..., con un complot preparado desde Washington. Es difícil creer que nada que ocurra en Vietnam se haga a espaldas de los Estados Unidos; y la coyuntura es tal, que la aventura palaciega del general Khanh parece una respuesta americana a la decisión francesa de reconocer China. Las cosas no son tan sencillas, sin embargo. Washington no parece enteramente satisfecho de este pronunciamiento, que puede ser el primero de una serie, que introduce la inestabilidad en Saigón, que añade nuevas divisiones de conflicto en un país que está prácticamente en guerra. En una de estas guerras clásicas de nuestros tiempos —como la de Indochina, la de Argelia, la de Corea— que no se sabe cómo terminar y que no puede acabar con una victoria clara.

las dos américas

Si parece innegable que nada ha podido ocurrir en Saigón sin cierta ayuda americana, y si parece también claro que Washington no aprueba totalmente el nuevo pronunciamiento, nos encontramos ante una contradicción que hay que resolver. La única solución posible es que hay una doble política americana: del Gobierno de Washington y la de «ciertos elementos» a los que se ha visto ya actuar en más de una ocasión por su cuenta. En Vietnam hay un núcleo de americanos a los que se puede llamar activistas: los agentes de la CIA —el servicio de información e investigación, el contraespionaje americano, que alguna vez ha tomado ya decisiones estatales por su cuenta— y los consejeros militares del Gobierno vietnamita. Puede establecerse un paralelo —salvando todas las distancias de las comparaciones históricas— entre esta situación y la que tuvo que afrontar Francia en Argelia, cuando sus militares y sus civiles, en aquel punto de litigio, comenzaron a radicalizar su

actuación en discordancia con las órdenes que recibían de París, y aún se puede buscar una situación más análoga en un hecho concreto: el rapto del avión marroquí donde viajaba Ben Bella y sus compañeros, realizado por los agentes especiales franceses que no informaron a París hasta después de realizado el golpe. Los «cerebros» americanos de Vietnam están crispados por una situación de guerra donde mueren diariamente no sólo vietnamitas, sino también norteamericanos: sin duda, juzgan por su cuenta que las órdenes de Washington son débiles. Así, de conclusión en conclusión, podríamos llegar a la muy arriesgada de que el pronunciamiento de Saigón no es sólo un problema interior vietnamita, no es sólo una respuesta al neutralismo asiático de Francia, sino que también representa un episodio en la «guerra civil fría» que se está desarrollando en los Estados Unidos.

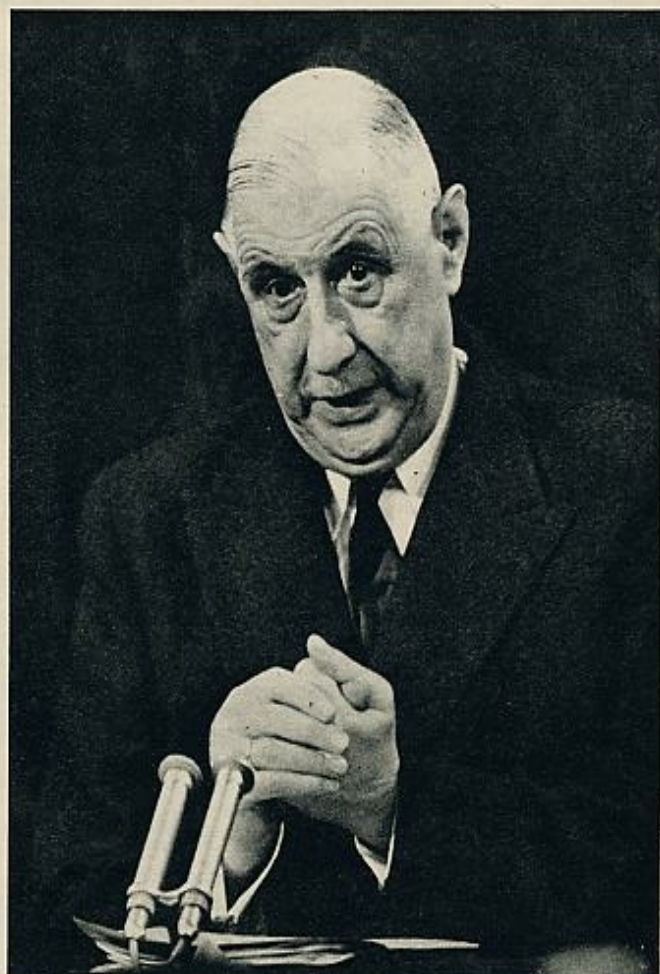
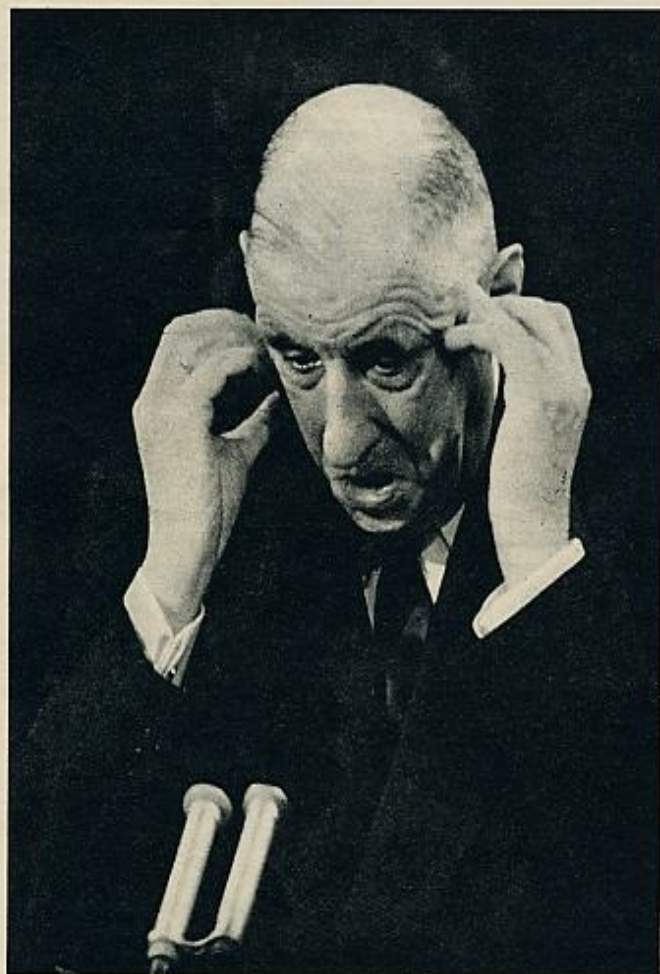
guerra civil fría

EXISTEN ya bastantes elementos de juicio para medir la peligrosidad de la situación interior en los Estados Unidos. Cuba fue una piedra de toque: las acciones y reacciones de los Estados Unidos, sus avances y sus retiradas representaban, en realidad, una guerra interior entre distintos organismos. Existe —y con qué fuerza!— la guerra civil fría causada por el problema negro. Recientemente se ha visto el caso de Panamá, provocado, sin duda, por unos elementos norteamericanos ajenos realmente a la moderación de Washington, a los esfuerzos de política liberal y amplia de los Kennedy. Los norteamericanos de Panamá han sido descritos por la propia prensa de Estados Unidos como sudistas, como racistas, como «últimos ejemplares del colonialismo americano». En suma, podríamos decir volviendo al ejemplo francés, como «piedra noir». El acontecimiento culminante de esta tragedia americana es, naturalmente, el asesinato de Kennedy. Sin que nadie pueda hoy atribuir a una sociedad, a un grupo, a una organización determinada el crimen de Dallas, nadie tampoco duda de que sea producto de este estado de ánimo, de esta división que, desgraciadamente, va desbordándose cada vez más del cuadro democrático. La lucha por el poder en los Estados Unidos no se plantea exclusivamente en el campo electoral. De aquí a diciembre, fecha de las elecciones presidenciales, podemos esperar que continúe el desarrollo de la «guerra civil fría» en los Estados Unidos con el objeto de desprestigiar a Johnson, de barrer los residuos de la política de Kennedy y de llevar al poder a una oposición cerrada y dura. Pero si Johnson ganase las elecciones, con Robert Kennedy **SIGUE**

PANORAMA INTERNACIONAL

como vicepresidente, y continuasen la política de apertura, esta oposición activista no cesaría en sus intentos de producir una nueva situación en el país. De hecho, ya la candidatura de Johnson está perdiendo puntos. Hasta hace poco, en todos los sondeos de la opinión pública, Johnson tenía una limpia mayoría. Pero en dos meses han ocurrido los siguientes desastres, de importancia para los Estados Unidos: ha aparecido en el mundo un nuevo país comunista —Zanzibar—; en todo el sudeste asiático se está desmoronando la política norteamericana; Panamá se ha alzado contra los Estados Unidos, no ha cedido ante ninguna clase de amenaza y ha puesto de su parte a toda la opinión mundial; finalmente, Francia ha reconocido a China, otros aliados europeos de Estados Unidos comercian con Cuba y con China y, en general, parece que ha llegado a su fin la hegemonía americana en el mundo. Que todo ello se acumule durante los dos meses que lleva en el poder el Presidente Johnson, no es más

muy mal, ante un hecho que ha tratado de evitar hasta el último segundo: peor aún cuando en sus últimas declaraciones De Gaulle ha acentuado su realismo hasta advertir que ni siquiera es partidario de la tesis de las dos Chinas, y que aunque sus inclinaciones naturales le incitan a ser amigo del Generalísimo Chiang Kai Chek y a no serlo del proletario Mao Tse Tung, debe reconocer que la China de Mao es una realidad y la de Formosa no. Al mismo tiempo se ha producido la oleada de comercio con Cuba por parte de países que Washington consideraba «seguros». De esta forma, y a un mismo tiempo, se han roto los dos bloqueos de Estados Unidos: el de China y el de Cuba. La idea de que la URSS no podría ayudar a los cubanos a restaurar su economía maltrecha se ha desvanecido con los recientes acuerdos entre Castro y Krutchev: la adquisición total de la cosecha de azúcar a seis centavos de dólar la libra inglesa, sea cual sea el precio mundial del mercado. Tras este acuerdo —y ya antes de él— la mayor



Cuatro curiosos ademanes del presidente francés en la conferencia de Prensa del 31 de enero, de la que se sirvió para explicar las razones a que obedece el reconocimiento.

que una casualidad —porque todos estos movimientos históricos llevaban años fraguándose—; pero lo cierto es que Johnson no ha podido hacerles frente. De aquí a las elecciones, numerosos obstáculos de esa índole van a aparecer en su camino. No todos serán naturales: muchos van a estar provocados.

los dos bloqueos rojos

Es posible que de todos los problemas norteamericanos del momento, el más grave sea el de la pérdida de la hegemonía occidental. Sus aliados ya no le «obedecen», como ocurría en los tiempos de la guerra fría. La bofetada de Francia, hija predilecta de Estados Unidos, al reconocer a China ha sido tremenda. Washington ha reaccionado mal,

parte de los países han comprendido que el bloqueo norteamericano no podía más que perjudicarles a ellos y no a Cuba.

En la lista de países europeos que comercian con Cuba, publicada por el «New York Times» (30 de enero), España figura en primer lugar con la adquisición de doscientas mil toneladas de azúcar para 1964, pagaderas en barcos y equipo industrial; Holanda va a adquirir 100.000 toneladas, también a cambio de productos industriales. Fuera de Europa, Japón va a adquirir 300.000 toneladas de azúcar y Marruecos otras tantas. Con dinero contante, Cuba va a comprar sus famosos autobuses a Gran Bretaña, y se habla ya de la adquisición de aviones. Al mismo tiempo comienza también a romperse el bloqueo político. Una delegación cubana ha asistido a la conferencia económica latinoamericana de Brasilia, mientras otra acudía a Río de Janeiro para la conferencia iberoamericana de trabajo.

americanos clandestinos

LO que es curioso es que hay también grandes compañías americanas que comercian clandestinamente con Cuba. Se sabe, por ejemplo, que toda la leche condensada que se consume en la isla es de la marca «Carnation», producida en Bélgica por una filial de una gran compañía americana (los botes de leche condensada llegan sin etiqueta a Cuba, y allí se les ponen marcas imaginarias). Se dice que éste es un caso entre muchos de comercio indirecto entre los Estados Unidos y Cuba. Como también es curioso saber que los Estados Unidos mantienen desde hace años una negociación indirecta con China. La última conferencia se ha celebrado en Varsovia, el 29 de enero, y duró casi dos horas. Se cree saber que el embajador americano, John Moors Cabot, y el chino, Wang Pin-nam, han tratado del



dilema abierto

CON estos dos hechos trascendentales —la rotura de los bloqueos de China y de Cuba por sus propios aliados— y otros de menor envergadura a la espalda, no es de extrañar que los Estados Unidos estén sufriendo las molestias de un cambio de piel en el mundo que ellos habían creado. Es inútil decir que todo lo que está ocurriendo es consecuencia de una política mundial, de una tendencia general del mundo al final de la guerra fría, y que Kennedy era el representante, de esa política en Estados Unidos: había nacido al poder con ella, la comprendía, participaba de ella y sabía canalizarla. No es éste el caso de Johnson, no es éste el caso de Dean Rusk, que va acumulando error tras error en sus declaraciones políticas, ampliando el nuevo aislamiento de Estados Unidos. La oposición les acusa ya de ir al paio de los acontecimientos, en lugar



de la República Popular China. La bofetada que Francia ha propinado a los Estados Unidos ha sido tremenda. Y lo cierto es que Washington ha reaccionado muy mal.

reconocimiento francés, que ya se había producido. Pero no hay información oficial, como no las ha habido después de ninguna de las conversaciones. Únicamente se sabe que los dos embajadores van a reunirse de nuevo el 29 de abril.

Esta conferencia chino-americana era la número 119 de una serie que comenzó en 1955. (Se dice que ha habido dos reuniones más, fuera de serie, en dos «casos de urgencia», en los que había peligro de guerra). Se iniciaron como una simple negociación para intercambio de prisioneros; se trató más adelante de buscar una tregua en el cañonero entre Formosa y el continente y poco a poco se han ido ampliando las conversaciones a otros muchos asuntos pendientes. Hay muchas personas en China y en los Estados Unidos que esperan que estas conversaciones puedan llegar a ampliarse hasta tal punto, que los motivos de fricción entre los dos países desaparezcan.

de dirigirlos y ordenarlos, como parecía ocurrir antes. La oposición se vuelve activa, se vuelve peligrosa. El dilema gubernamental es grave: entre progresar en el camino de liberalización abierto por Kennedy o aislarse, encerrarse en un nacionalismo al estilo Goldwater. El ideal norteamericano era, como ya propuso Johnson a la muerte de Kennedy, abrir una tregua en las relaciones internacionales. Dejar el mundo en suspenso: aplazar todos los acuerdos, posponer todas las conferencias, para el tiempo. Esto parece que sólo lo ha conseguido Josué en toda la historia del mundo, y aun así parece que hay muchos escépticos sobre aquel episodio del sol detenido por una razón militar y política. Lo que está pasando ahora es que el tiempo continúa, los países actúan, los gobernantes deciden, los pueblos determinan: y los Estados Unidos se están quedando metidos en el inmovilismo. No se sabe qué temer más: si esta repentina fosilización o un movimiento brusco que pudieran hacer para salir de ella y que pudiera resultar a-histórico...

E. H. T.